

El sueño de un niño saharauí

Era la última semana de febrero y el sol empezaba a salir. Sus rayos mostraban un día más, el paisaje majestuoso de las dunas y el cielo azul.

El pequeño Emil de 5 años soñaba feliz, pero fue interrumpido por las manos de su mamá que lo animaban a despertar y enfrentar el nuevo día. Después de refunfuñar un poco, obedeció y se lanzó al cuello de su mamá para darle un beso de “buenos días”. Acto seguido, repartió más de sus dulces besos entre su abuela y su pequeña hermana. Salió corriendo descalzo en busca de su único juguete: una pelota improvisada que alguien le había fabricado hacía unos días. Su “jaima” es más bien moderna ya que no es la tradicional “tienda de campaña”, sino una construcción de bloques que aguanta mucho mejor las impredecibles tormentas de arena, muy frecuentes a lo largo del año pero que forman parte del mundo del pequeño Emil.

Muy a su pesar, su mamá lo peina y lava su cara con un poco de agua fría que recogen una vez a la semana. Hoy no se lo puede bañar por completo y eso hace feliz a Emil ya que significa que saldrá más temprano a jugar libre y descalzo con sus amigos. La sonrisa extrovertida de Emil es su mejor tarjeta de presentación, aunque ya se puede notar que sus “perlas blancas” se están tornando amarillas por beber agua con demasiado hierro. Pero la verdad, eso no preocupa a Emil porque ha aprendido que su alegría abre las puertas de comunicación con los demás, especialmente con los adultos marcados por el cansancio, la frustración y la esperanza de un futuro de libertad. Durante más de cuarenta años han añorado ver justicia y el cumplimiento de promesas cada vez más rotas y gastadas por los líderes y gobernantes de turno. El mundo en general, vive ajeno a esta triste realidad. Emil, sin embargo, es un niño feliz que sueña ser como su papá e imita todo lo que ve. Cuando su tía Maluha olvida su móvil, él aprovecha la oportunidad para jugar con ese aparato. Sus inquietas y traviesas manos saben buscar los juegos que le divierten. Poco le importa que al volver su tía le de palmadas de corrección. Unas pocas horas con este “juguete” vale la pena.

La mañana sigue su curso y tanto Emil como sus colegas de juego deben volver cada uno a sus jaimas, ya que el sol de medio día cae con mucha fuerza y su piel se sigue tiñendo de ese color dorado que lo caracteriza. Al llegar a la puerta Emil sabe que hoy algo pasa en el interior de su vivienda. Hay mucho movimiento y se escuchan voces y acentos extraños, incomprensibles para él. Como si fuese un pequeño ratoncillo, observa desde un rincón estratégico a un grupo de mujeres de piel blanca, con una vestimenta muy diferente a la que está acostumbrado a ver y una forma de hablar entre graciosa y extraña. “ ¡Han ocupado el salón principal y parece que se van a quedar ahí!”, pensó el astuto Emil al ver maletas y muchas cosas nuevas para él.

Su abuela, una mujer muy delgada, alta y tímida, les ha invitado a todos a sentarse en el suelo sobre unos cojines que habían sido prestados por unos días para recibir a este grupo de mujeres en un salón vacío de decoración. Emil sabe que van a tomar el té. La tetera de metal, el carbón, las hojas de té, los pequeños vasos de cristal y el azúcar están listos y dispuestos para celebrar la costumbre diaria de compartir de forma sencilla un tiempo de amistad, de risas e inclusive de silencios. Algo va a suceder. Emil entra tímidamente al salón y se sienta junto a su mamá, quien amamanta a su pequeña hermana de casi un año de edad. Ella le dice al niño que las mujeres vienen desde un lugar llamado España y que pasarán con ellos unos días en su “jaima”. El ritual para tomar el té da comienzo. Según dicta la tradición, se preparan y se sirven tres tipos diferentes de té en pequeños vasitos de cristal. Así, la leyenda dice que el primero es amargo como la vida, el segundo es dulce como el amor y el tercero es suave como la muerte. La tarde termina mientras Emil se escabulle inquieto en medio de las visitantes. Sonríe y juguetea. Han pasado un par de horas y al salir, el cielo se ha

cubierto con un manto negro decorado con miles de estrellas que iluminan y decoran la noche. Emil ha caído un día más rendido en el mundo de los sueños y las ilusiones.

Cada día de la semana, Emil espera impaciente a las visitantes ya que al volver, entre juegos y caricias, aprende palabras nuevas, se mira en las fotos divertidas con sus nuevas amigas y entre todos disfrutaban de juegos de mesa junto con algunos de sus vecinos, sus primos que viven cerca y las mujeres que ocupan el espacio común de la “jaima”. Sin embargo, el cuarto día fue más que especial para los niños de la casa. La hora de la comida fue mucho más fácil. Los adultos le habían ofrecido al pequeño que si terminaba su cous-cous y se bebía todo su vaso de leche de cabra, recibiría un regalo especial.

Llegó el ansiado momento, y los niños esperaban sentados y con los ojos muy abiertos para recibir el regalo sorpresa. Con mucho cariño se les explicó que unos niños como ellos y sus familias habían preparado un sencillo regalo en unas cajas de zapatos para decirles que España quiere a los niños saharauis y que cada cosa que hay en su interior son pequeños tesoros que traen un mensaje de amor, solidaridad y esperanza. Los pequeños no dejaban de sonreír y sus caras se iluminaban cada vez más, a medida que descubrían ese juguete nuevo, los lápices de colores que darán vida a su imaginación y otras cosas útiles y divertidas que nunca en su vida pensaron recibir. Los caramelos fueron sin duda alguna, los que causaron una explosión de alegría y dulzura en el lugar. Cada pequeño recibió una caja. Sus gestos y expresiones en el rostro evidenciaron que se sentían especiales. El ambiente del salón se llenó de risas y de amistad sincera. Se podía palpar la ternura, el afecto y la cercanía de unos con los otros. El momento fue mágico y muy especial. Los adultos presentes de ambos lugares tampoco podían contener su emoción, y se pudo ver más de una lágrima en sus ojos. Los lazos de amistad se fortalecieron y las barreras de la distancia cayeron en ese momento. El poder de tan sencillo regalo marcó no sólo la vida de Emil y los demás niños, sino también la de cada persona que presenció la escena. Cristianos y musulmanes celebraron el momento.

El día de la despedida llegó. Cenaron todos juntos como una sola familia y las palabras de gratitud eran insuficientes. Las miradas iban y venían. El pequeño Emil les regaló su última sonrisa antes de que la puerta se cerrara por completo y las mujeres emprendieran su viaje de regreso a casa. La misión se cumplió y el camino de vuelta fue lleno de recuerdos. El corazón de los voluntarios alberga la esperanza de que estos campos vean algún día su sueño de libertad hecho realidad.



Laura Rodríguez Jara (680725932)
Operación Niño de la Navidad
Email: laurylrj2012@gmail.com
Iglesia Evangélica “El Buen Pastor”.